

### COMENTARIOS

En esta nueva sección incluimos dos comentarios hechos por el Dr. Gordon K. Lewis y el Dr. Robert W. Anderson en torno al artículo "Las Ciencias Sociales en la América Latina: Enfoques teóricos, problemas y perspectivas" publicado en el libro *Crisis y Crítica de las Ciencias Sociales en Puerto Rico*\*

\* Publicación del Centro de Investigaciones Sociales a través de su Revista de Ciencias Sociales. Editores: Rafael L. Ramírez y Wenceslao Serra Deliz, 1980. Precio \$5.95. Puede solicitarse a la dirección de la Revista— Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 00931

Comentarios en torno a "Las ciencias sociales en América Latina: Enfoques teóricos, problemas, y perspectivas," de Agustín Cueva

El tema básico de la ponencia de Cueva es su llamado a un "retorno" a una ciencia social verdaderamente universal — una ciencia que no cae en las tendencia chauvinistas o populistas de buscar conceptos o teorías "nuevos" para explicar una supuesta, pero equivocada unicidad de la experiencia latinoamericana. Critica la tendencia — que el autor asocia con el "desarrollismo" y el "dependentismo" — de crear nuevas ideologías, apologéticas u opositoristas, pero políticamente ineficaces, disfrazadas como teorías novedosas para "explicar" nuestra realidad especial.

No pretendo evaluar aquí la validez de los planteamientos de Cueva con respecto a las teorías dependentistas. Los argumentos de la ponencia me parecen convincentes; han sido elaborados y han formado bases de varias discusiones en foros latinoamericanos. Para iniciar una conferencia sobre la situación de las ciencias sociales en Puerto Rico, estimo pertinente hacer algunos planteamientos generales en torno a la aplicación de los señalamientos de Cuevas a nuestro medio.

Puerto Rico ofrece un excelente ejemplo de los éxitos y fracasos de la ciencia social latinoamericana. El nuestro fue el mejor ejemplo del auge frenético del desarrollismo en los años de la post-guerra. Es un ejemplo clásico del estancamiento y la desnacionalización económica mencionada por Cueva, auspiciada y facilitada por nuestra situación abiertamente colonial. El sentido de malestar y desilusión, después del período desbocado de optimismo populista de los '50, está reflejado en nuestras ciencias sociales. La importancia y pertinencia de ellas es frecuentemente cuestionada; pero más importante, se ven afectadas por unas confusiones conceptuales que conducen frecuentemente a respuestas ideológicas a los planteamientos críticos provenientes de la sociedad.

Paralelamente con las tendencias dominantes en la América Latina, el marxismo como perspectiva fundamental ha tenido un auge significativo en las ciencias sociales puertorriqueñas. Las ciencias sociales en Puerto Rico han reflejado las corrientes generales, desde el desarrollismo hasta el

dependentismo y el marxismo, características de la América Latina en general. Pero lo incompleto y problemático de la ubicación de la ciencia social como actividad intelectual e investigativa en los varios conceptos y enfoques "universales" lo evidencian esta misma conferencia y las preocupaciones que la motivaron.

Quisiera re-organizar los temas planteados por Cueva, con la intención de facilitar la discusión con referencia a nuestro medio específico. Sugiero que se puede distinguir entre cuatro dimensiones de la ciencia social como conducta y acción. La primera, que es la que prevalece en la ponencia de Cueva, tiene que ver con la ciencia social como actividad *teórica*: la cuestión de definiciones, enfoques conceptuales, y perspectivas básicas. La pregunta operante en este nivel es, ¿qué es lo que hace de nuestra actividad una *ciencia*? Aquí está la preocupación casi exclusiva en el trabajo de Cueva. Nuestra ciencia, según él, ha de estar anclada en un aprecio de lo *esencial* y en la insistencia en el poder separar lo fundamental de lo contingente, los principios del movimiento social de sus manifestaciones históricas y concretas. Cueva deslinda y critica las dos posiciones fundamentales en torno a esta dimensión teórica de la ciencia social: las explicaciones funcionales, que giran alrededor del concepto de "sistemas" y pretenden buscar soluciones a problemas sociales específicos definidos por los sistemas mismos; y las explicaciones críticas que pretenden definir alternativas, desarrollar pautas, y orientar la acción política, entendida esta en su forma más amplia. Destaca con claridad los productos ideológicos de estos dos enfoques.

El problema de la integridad científica frente a las tendencias ideologizantes es de difícil superación. Cueva tiene razón al criticar el desarrollismo y el dependentismo por sus tendencias a convertirse en posiciones ideológicas. Pero dudo que el retorno al concepto nítido de los "modos de producción" resuelve el problema; simplemente, a mi juicio, lo replantea. Entre lo "esencial" — las leyes de formación social que subyacen en los modos de producción — y sus manifestaciones históricas concretas cabe un mundo de increíble complejidad y una infinidad de experiencias empíricas. Cabe cuestionarse si el descubrimiento de nuevos conceptos explicativos, "leyes" incluso, de una alto grado de abstracción teórica esté tan taxativamente vedado como parece implicar Cueva. El altísimo grado de abstracción de las categorías de Marx hace necesario la formación de categorías intermedias que puedan generar conceptos e hipótesis fraseados en formas que ignoren o parezcan oponerse incluso a las verdades analíticas últimas del marxismo. ¿Serían aquellos por lo tanto "ideológicos", mientras que las categorías fundamentales del marxismo tradicional no lo son?

La diferencia entre "ciencia" e "ideología" es la cuestión central en la definición de las ciencias sociales. Como cuestión inherente a su problemática — en Latinoamérica o en cualquier sitio — sigue sin resolución aun dentro de las dos corrientes dominantes en las ciencias sociales contemporáneas que pretenden haber resuelto el problema de la cientificidad citadas por Cueva: el

enfoque representado por Weber, que crea una ciencia empírica de modelos, y el de la ciencia dialéctica de Marx, de estructuras de contradicciones. Pero los planteamientos epistemológicos en torno a la pureza de estas diferentes versiones de la verdad científica no se llevan a cabo en un vacío. Las abstracciones conceptuales de los científicos sociales, y las preocupaciones que originan conferencias como esta, y a veces engendran argumentos y disquisiciones de corte escolástico, se dan en ambientes en los cuales deambulan actores reales, entre los cuales nos contamos los científicos sociales. De ahí las otras tres dimensiones en que la temática provocadora de Cueva debe ser discutida: la actividad de los científicos sociales, la estructura y organización de las ciencias sociales, y lo que podríamos llamar las ciencias sociales "populares."

De hecho, el hacer teoría es irrelevante as las actividades reales de la mayor parte de los "científicos sociales." Nos encontramos mayormente ocupados en la enseñanza, donde se dedica principalmente a la divulgación de teorías ya establecidas o aceptadas, sujetos a las restricciones y exigencias burocráticas de estructuras académicas rígidas y conservadoras. En cuanto a la investigación social, gran parte de la que se realiza en nuestro medio es "institucionalizada," con evidentes orientaciones prácticas. La verdadera investigación científica, relacionada con el desarrollo de hipótesis y teorías explicativas generales es relativamente rara, y tiene que ser realizada la mayor parte de las veces a pesar de las instituciones académicas establecidas. Además, el movimiento entre el Gobierno y la Universidad por parte de muchos científicos sociales parece ser un aspecto prominente de nuestra realidad política, así como la visión que tienen muchos científicos sociales de la carrera del Derecho como una salida airosa y socialmente aceptada.

La organización y estructura de las ciencias sociales se caracterizan por una excesiva compartimentalización u especialización, y unas tendencias poderosas hacia la "profesionalización", que supuestamente garantizan la respetabilidad. El ejemplo lo tenemos en nuestro propio Colegio de Ciencias Sociales. Hay una división absurda y contradictoria entre "Ciencia Política" y la "Administración Pública." Ha sido imposible iniciar programas graduados en áreas científicas que no puedan establecer una aura "profesional", como lo han hecho la Economía y la Psicología. La separación física y administrativa engendra aislamiento intelectual, afecta adversamente la comunicación entre los mismos científicos sociales, y dificulta la conceptualización multidisciplinaria tan esencial para el progreso de cualquier ciencia. Las estructuras reponen a alegadas conveniencias administrativas; pero no estimulan un conjunto de colaboradores científicos.

Unas palabras finales en torno a las ideologías populares y las ciencias sociales. Los científicos sociales operamos dentro de contextos socio-políticos muy concretos, y no podemos separar el problema de nuestra ciencia del

problema de las actitudes populares hacia las ciencias sociales y, muy crucialmente, la visión de los científicos sociales hacia las actitudes e ideologías populares. Creo que hay dos tendencias muy peligrosas que los científicos sociales debemos evitar, para no convertirnos en otra más de esas especies destinadas a la extinción prematura. Una es la de adoptar una actitud despectiva hacia la realidad social y las actitudes que esta engendra. En nuestro medio, es necesario que busquemos explicaciones racionales y serias para el auge del asimilismo como ideología puertorriqueña en vez de condenarla *ex cátedra*; la soberbia ante los hechos es simplemente contrario al espíritu científico. La otra — mucho más importante, a mi juicio, porque es más prevaleciente — es la subestimación del poder del Estado y de la dimensión política de la realidad que deseamos entender e influir. En Puerto Rico tenemos una necesidad particularmente imperante de comprender la dinámica peculiar de un régimen abiertamente colonial.

Cueva hace unas referencias elocuentes a la experiencia chilena y al auge de regímenes fascistas o semi-fascistas en la América Latina. Alude a la ignorancia de la dimensión política por parte de los teóricos sociales críticos de la región, una falla a la cual los teóricos marxistas parecen particularmente susceptibles. El Estado hay que percibirlo como un elemento autónomo, y en la misma forma en que no se debe ignorar el asidero económico de la política, no se debe olvidar la necesidad de apreciar las dimensiones políticas de las formaciones económicas. Puerto Rico es un ejemplo excelente de cómo las formaciones políticas pueden aplastar ideológicamente o amoldar en forma asfixiante las manifestaciones populares a cauces aceptables del sistema.

Me gustaría creer que las ciencias sociales aquí en Puerto Rico, como las de la América Latina en general, estén encaminadas, como señala Cueva, a la liberación. Como creación y reflejo, sin embargo, de las mismas sociedades a que deberían tratar de cambiar, dicho camino habrá de ser arduo y lleno de tropiezos. Esperemos que esta y las subsiguientes discusiones en esta conferencia nos ayude a evadir algunos de ellos.

Robert W. Anderson

Comentario en torno a "Las Ciencias Sociales en América Latina: Enfoques Teóricos, Problemas y Perspectivas" de Agustín Cueva\*

Comienzo diciendo que estoy de acuerdo, en sus puntos fundamentales con el Dr. Cueva y su análisis marxista de la presente crisis de las ciencias sociales en América Latina y por consecuencia, en el Caribe. Obviamente hemos llegado

\* Traducción del original inglés por Keke Rosado.

a nuestro marxismo a través de rutas diferentes: él, a través de la ruta histórica hispano-americana; yo, a través de la ruta histórica anglo-parlante—aunque sospecho que hubiésemos encontrado un terreno común en la tercera ruta: la historia del pensamiento socialista francés. Y esto claramente comprueba su tratamiento ecuménico del problema general del pensamiento radical en el mundo capitalista basado en la verdad de que no hay una concepción inmaculada del socialismo.

No dispongo del tiempo necesario para entrar en el debate teológico sobre todos los temas que ha dejado expuesto: el debate sobre crecimiento, desarrollo y subdesarrollo; la relación entre los centros y las periferias del sistema mundial capitalista; el carácter preciso del fascismo; y todos los demás. Dejo esta discusión a comentaristas posteriores.

Particularmente, quiero aplaudir el llamado para crear un concepto nuevo, totalizador de las ciencias sociales. Todos hemos sido víctimas del proceso, esencialmente norteamericano, mediante el cual el quehacer intelectual se ha fragmentado artificialmente en la aridez de la departamentalización y especialización de las distintas disciplinas (o, más bien, distintas dictaduras). Tenemos que crear una nueva relación, por ejemplo, entre la historia y la ciencia política, basada en la declaración del historiador inglés victoriano, Seely:

“La ciencia política sin la historia no tiene raíces;  
La historia sin la ciencia política no tiene frutos.”

Debemos examinar las relaciones entre la infraestructura de producción y la superestructura ideológica para poder percibir como estos se influyen entre sí. Si hay una religión de la sociología también hay una sociología de la religión; ese es el significado de la observación del gran erudito alemán del siglo 19 del movimiento de la Crítica Superior bíblica cuando decía que ‘el secreto de la teología es la antropología’. En resumen, creo que debemos regresar a la tradición escolástica del siglo 19 de ver todas las cosas como un todo, mientras admitimos que cada uno de nosotros será especialista, claro está, de algo en particular. Es decir, que debemos regresar a las viejas tradiciones de ‘economía política’ e ‘historia cultura’. Esa, después de todo, es nuestra tradición marxista. Pues Marx, conjuntamente con de Tocqueville, no sólo es el sociólogo más grande del siglo 19, sino que es, conjuntamente con Hegel, su más grande moralista. Marx heredó los grandes conceptos éticos de la tradición judeo-cristiana y los moldeó en una ética socialista secular. En este sentido que—como bien se ha dicho—el marxismo es la última gran herejía del cristianismo. Las ciencias sociales no significan nada, y no nos pueden decir nada, a menos que busquen informar la totalidad interrelacionada de la experiencia social.

Habiendo establecido esto, me muevo a declarar, utilizando el lenguaje de la Corte Suprema de los E.U., algunas disensiones concurrentes. Mi primera preocupación se relaciona con el problema de la relación entre el socialismo y el nacionalismo. El argumento del Dr. Cueva, sobre este punto, me parece que le impone demasiada importancia a la propiedad global y transnacional en contra de la propiedad nacional; dice: "los proyectos denominados populistas y nacionalistas se encuentran en plena bancarrota", y "la historia reciente tiende a probar que podemos ver *una perspectiva de clase más clara* en el cuadro general". Sugiero que esta afirmación tiende a pasar por alto el hecho de que (1) hay formas creativas y revolucionarias del nacionalismo tanto como hay formas sociales retrógradas, (2) que el nacionalismo es un factor emotivo y psicológico poderoso que los psicólogos sociales no pueden ignorar, y, (3) que el mismo Marx tendía a subestimar ese poder. Engels mismo llegó a apreciar el poder intenso del nacionalismo irlandés. En este punto, creo que la línea correcta del partido (si puedo utilizar esa frase peligrosa) es coincidir con Lenin en su pronunciamiento de que no se puede resolver la cuestión social hasta que no se haya resuelto la cuestión nacional. El Puerto Rico contemporáneo, obviamente, se enfrenta con tal dilema.

Mi segunda preocupación se relaciona con el problema del color y la raza. El Dr. Cueva postula la prioridad del factor de clase social en su análisis. Pero, una vez más, ¿no es posible que el marxismo clásico haya tendido a subestimar el poderoso elemento del prejuicio racial? ¿Es suficiente ver en la opresión basada en la raza—como en la esclavitud—sólo una función de la opresión basada en la clase? ¿No es más cierto que hay diferencia, tanto en modo como en grado, entre las dos formas de opresión? Por lo menos es argumentable que el racismo deja tras sí una profunda herida en la víctima que de muchas formas es distinta a aquella dejada por el prejuicio de clase. Después de todo, uno puede cambiar el status social mediante el proceso de movilidad social; uno no puede cambiar su color de piel. El reconocimiento de esa diferencia explica—en la literatura de protesta caribeña—la cualidad especial de Garvey, Fanon, Césaire y Albizu Campos. Casi todos ven la opresión de clase. Pero todos ellos, también promulgan una cualidad nueva y distinta de furiosidad jacobina que está enraizada en el hecho de que no sólo han sido víctimas del capitalismo europeo-norteamericano, sino que también han sido víctimas del racismo europeo-norteamericano. Y, eso, por supuesto, explica, la nota de venganza racial salvaje que está tan omnipresente en esa literatura. Hay que ser un poco más que marxista para entender completamente ese elemento.

Mi tercera preocupación se relaciona con la breve referencia que hiciera al Dr. Cueva a la cuestión del problema agrario. Lo describe como un problema 'olvidado'. Pero ¿no es posible que se hubiese 'olvidado' porque Marx mismo escribió como el gran sacerdote de la tecnología industrial? Es en este sentido

que debemos reconocer el carácter anti-agrario de una parte del pensamiento marxista original. Enfrentados con este problema, ¿no es factible argumentar que todo lo que necesitan hacer las ciencias sociales que están orientadas por el marxismo es construir de nuevo lo que Proudhon intentó hacer: esto es, construir un socialismo para los campesinos? Sólo recientemente, con estudios como los de Moshe Lewin (*Russian Peasants and Soviet Power*, Evanston, Ill., 1968) hemos comenzado a percibir algo del enorme precio que tuvo que pagar el campesino ruso por el plan soviético de colectivización forzada a partir durante la década de los treinta. Es posible que el pensamiento socialista del tercer mundo tenga que comenzar a considerar de nuevo la industrialización (y no sólo la industrialización fomentada por el capitalismo) como la estructura básica de la nueva sociedad socialista. Hay, todavía, cierta validez en la observación de la teórica fabiana inglesa Beatrice Webb de que lo que es tecnológicamente posible no siempre es socialmente deseable.

Dr. Gordon Lewis